

17

(Fase V)

Los Caídos

A
S
C
E
N
S
I
O
N

Carlos Navarro Magnus Dagon

Carlos



EN EL NÚMERO ANTERIOR:

John Scream y los suyos, tras la pista del Cancerbero, encuentran en su lugar a una peligrosa mujer llamada Afrodita, capaz de manipular las ilusiones, a la que capturan tras muchos problemas. Gracias a la ayuda inesperada de Perséfone descubren que Afrodita, de nombre real Tracy Swoop, fue la amada de Hades, pero ambos acabaron atrapados en un incendio destinado a matarlos por saber demasiado. Sin embargo toda ayuda tiene un precio, y en ese caso era desviar la atención del objetivo real de Hades en ese momento...

#017: Ascenso (Fase 5)

Autor: Magnus Dagon

Ilustración de portada: Carlos Navarro González

El día había llegado. El momento crucial en el que habría que realizar todas las estrategias pertinentes. El enemigo tenía ventaja desde el principio. Había empezado a jugar antes incluso que su oponente o los primigenios defensores de la ciudad.

Y mientras tanto la Nube efectuaba de nuevo su ascenso hacia el lugar que nunca debió haber abandonado...

Scream no tuvo que avanzar demasiado por los pasillos del Aquerón para darse cuenta de que habían efectuado una brecha en la seguridad interna del cuartel. Era una posibilidad que siempre había existido, y que de hecho ya había pasado en alguna ocasión. Debido a la gran cantidad de accesos que el cuartel poseía, algún que otro vagabundo o ladrón despistado había topado con un pasadizo secreto en un momento puntual, concreto y tremendamente casual. Sin embargo resultaba fácil mantener el secreto sin más que mandar a algún escuadrón a meterle un susto de muerte y acto seguido sellar esa salida de inmediato para construir otra en algún edificio o túnel del alcantarillado cercano.

Pero la invasión que estaban sufriendo había llegado lejos, mucho más que la de cualquiera de esos infelices que habían topado con entradas de manera meramente fortuita.



En primer lugar, porque según le acababa de informar Razorclaw a larga distancia, no sólo eran varios los hombres que habían logrado colarse, sino que además habían liberado a los otros que estaban prisioneros en su interior, contribuyendo de ese modo al caos generalizado.

En segundo lugar porque no habían forzado ni descifrado el código o mecanismo de entrada alguna, sino que alguien les había abierto desde dentro.

Scream sólo pudo efectuar una pregunta que urgía esclarecer cuanto antes, aunque ni siquiera él mismo estuviera del todo seguro de por qué tenía que ser así.

—¿Qué hay de Afrodita?

—En cuanto nos supimos atacados yo mismo corrí a inspeccionar la celda. Estaba vacía. Creo que su rescate es el motivo del asalto.

—Crees bien —corroboró Scream corriendo aún más deprisa, aunque era más que consciente de que ya sería demasiado tarde.

Cuando llegó lo único que pudo ver frente a sí fue un enmarañado intercambio de rayos y búnkeres improvisados entre sus propios hombres y otros que, sin duda, estaban bajo las órdenes de Hades. No es que fueran los mejores tiradores del mundo, y no podían compararse ni remotamente a una organización formada por personas que, en el pasado, fueron héroes de los pies a la cabeza, auténticos ejércitos unipersonales, y si bien habían perdido ese potencial, poseían gran parte de la fuerza interior que les permitía explotarlo hasta el límite de sus posibilidades.

Usando los hologramas de su traje para ofrecer blancos erróneos logró poco a poco atravesar las líneas enemigas y situarse al otro lado de las celdas, donde sin duda debía haber algo importante si es que trataban de detener el avance de los suyos, ganando terreno de manera cada vez más patente. Hades iba a perder muchos de los suyos en esa maniobra, incluso contando con los lacayos que habían liberado para sembrar la confusión, y es que atacar en casa del enemigo sólo podía conducir al desastre de las tropas en ese sentido. Eso no hizo más que corroborar hasta qué punto podía ser importante para él rescatar a Afrodita.

De hecho, no pudo ni imaginarlo cuando, en un pasillo alejado del fragor de la batalla, donde los disparos eran ya sólo un eco de tenebrosa distancia, tuvo frente a sí al propio Hades en persona. Su silueta semiinvisible destacaba entre la penumbra del lugar, con las luces destrozadas y soltando chispas por todas partes. La visión de esas dos insondables criaturas, frente a frente, hubiera llenado de temor las noches de incontables testigos.



—Hemos pospuesto este momento demasiado, John Scream. Ya iba siendo hora de que nos conociéramos. Aunque no deja de ser apropiado que sea yo mismo quien, invisible e indetectable a vuestros ojos e instrumentos, haya permitido el acceso a mis hombres. No en vano, el Aquerón es uno más de los ríos que circulan por el Inframundo.

—Sé a lo que has venido. ¿Dónde está?

—A salvo, con mis hombres.

—Ella es una amenaza para todos, Hades. No sabes lo que estás haciendo.

—No, John Scream, sois vosotros los que no tenéis ni idea de dónde os estáis metiendo. Habréis investigado, sin duda, o si no nunca la hubierais encontrado. Ella era una secretaria, una mujer normal en apariencia. Pero una mujer en realidad superior a la media, honrada, noble y fiel a sus principios.

—No fue la única víctima del incendio, ¿verdad? Tú estabas allí, con ella. ¿Sufriste quemaduras también, acaso?

—Las quemaduras son sólo heridas físicas. Son las cicatrices de la mente las que arden como el fuego del mismísimo Infierno —dijo levantando el puño en alto y cerrándolo con desprecio—. Por eso elegí para mí mismo la invisibilidad. Desaparecer para ser otra cosa, algo nuevo.

—Y por eso todas esas muertes. Porque fueron gente que supo tu identidad en vida. Querías erradicar tu pasado.

—En efecto, John Scream. Me alegra ver que llegaste a la conclusión correcta.

—¿Qué hay de ella? También conoce tu pasado, y podría en última instancia revelar quién fuiste en realidad.

—Sólo nos vimos una vez antes de... esto —dijo mirando hacia sus invisibles brazos—, y fue el día del incendio. Nunca supo ni siquiera mi verdadero nombre, aunque sí vio mi rostro. Ella es parte del pasado reciente, y ahora será parte del presente. Su sacrificio merece todo eso y mucho más.

—Ya veo... pretendíais destapar alguna clase de escándalo, imagino que relacionado con el Cancerbero, ese satélite que se estaba diseñando.



—Pronto averiguarás la respuesta a esa pregunta, de un modo que sin duda te sorprenderá. Después el plan estará completo. Ernépolis será testigo de mi advertencia y seré libre de mi pasado para ser sólo Hades. Poderoso, temible e imparable en mi cruzada particular.

—Ya nunca más volveré a pensar que nosotros resultamos en exceso teatrales —dijo Scream con tono de sorna.

—¿Te atreves a burlarte de mis palabras?

Scream no contestó.

—Entiendo. Pretendes enfurecerme, hacerme hablar. Pero ya no diré más. No te he dicho nada que no tuviera intención de contarte, y de poco os servirá lo que he dicho. Ya no podéis detenerme, hagáis lo que hagáis.

Justo después de eso desapareció ante sus mismos ojos, como si se hubiera desvanecido en el aire. Scream no pudo escuchar nada a su alrededor, aunque era perfectamente consciente de que se marchaba por el pasillo, a pasos tranquilos, con la altivez de quien se tiene a sí mismo por un rey o un emperador.

O tal vez, incluso, un dios.

De vuelta al corazón de la lucha, los disparos ya habían cesado por completo. Hades, sin duda, estaba al tanto del transcurso de la contienda y se había marchado al saberla ya finalizada. De haber podido, Scream tuvo por seguro que su enemigo se hubiera quedado más tiempo hablando en aquel pasillo, deleitándose con el sonido de su propia voz.

—Informe de bajas —pidió a Razorclaw y Saw, ambos derrengados y a punto del desmayo, como él mismo, de hecho.

—Hemos capturado a bastantes prisioneros, pero algunos han escapado. Tenemos también a muchos de los asaltantes —declaró Razorclaw.

—¿Qué hay de los prisioneros que no tenían nada que ver con la organización de Hades?

—No han soltado a uno solo de ellos —contestó Saw.

—No me sorprende. Al fin y al cabo, Hades considera que estamos empeñados en llevar a cabo la misma labor. ¿Alguien ha resultado muerto?

—Milagrosamente no, o tal vez no tanto. Sus disparos eran de baja frecuencia, como los nuestros.



—De nuevo —argumentó Scream—, otra manifestación de su particular filosofía.

—Con tu permiso, John, voy a inspeccionar los archivos —solicitó Saw.

—No tienes por qué pedirlo, Ellis —fue la escueta respuesta de Scream. De ese modo se quedó allí, de pie con Razorclaw, en lo que los demás hombres aseguraban por completo la zona y encerraban de nuevo a los fugados.

—Buscaba a Afrodita, como sospechábamos, ¿no? —comentó Razorclaw una vez estuvieron sólo ellos dos.

—Así es. Ha llegado a arriesgarse hasta el punto de infiltrarse personalmente en nuestro cuartel.

—¿Le has visto?

—He hablado con él.

—Reforzaremos la seguridad, esto no volverá a pasar. Pondremos balanzas de precisión en las entradas maestras, y mediremos los tiempos de entrada para asegurarnos de que no se cuele nada en esos intervalos.

—Tranquilo, Charles. Ya habrá tiempo de pensar en esas cosas. Ahora tenemos un problema más grave. Me temo que hemos sido peones en manos de nuestro enemigo.

—¿Por qué dices eso?

—Si tanto necesitaba a Afrodita, podía haberla buscado él mismo. Disponía de más pistas que nosotros para encontrarla. Creo que nos puso en la ruta hacia ella porque él solo no era capaz de capturarla. Sabía que nuestra tecnología de hologramas e ilusiones nos podía permitir contraatacar las de ella. Tal vez incluso ya mandó a operativos en el pasado que fracasaron.

—¿Qué hay de esa tal Perséfone?

—En estos momentos está confusa, aturdida. Creo que era otra de las piezas que estaba dispuesto a sacrificar para ganar la partida. Pero por desgracia también está lejos de suponer una ayuda para nosotros.

—¿Y ahora qué ocurrirá?

—Ahora, Charles, le toca a nuestro adversario realizar su jugada de jaque, y a nosotros, me temo, impedir que sea jaque mate.



La Nube regresaba a gran velocidad al sitio que por derecho propio ostentaba desde siempre en Ernópolis I. Poco a poco las calles se fueron vaciando de niebla y los ciudadanos se lanzaron de nuevo en masa al exterior. Pero no tenían intención de manifestarse, ni de realizar movilizaciones masivas a lo largo y ancho de la urbe.

Aquel día esperaban un cambio, un símbolo que demostrara que las cosas estaban a punto de mejorar.

Multitud de curiosos se agolpaban en las cercanías del distrito financiero, pero la policía había acordonado la zona y evacuado a los escasos residentes, ya que la mayor parte de los edificios estaban monopolizados por multiplanetarias y empresas de menor tamaño. En especial, se había examinado concienzudamente alrededor de la sede de QI, aunque no había sido posible desalojar al Director Ejecutivo Stalker ni a otros empleados de su círculo más estrecho, como su equipo de guardaespaldas.

—No me amedrentará un terrorista lunático —declaró orgulloso a la televisión.

Pero muchos de sus allegados, entre ellos la junta directiva, no actuaban con tanta convicción, y no dudaron en abandonar la sede de la empresa para la que trabajaban. Aun así, de nada sirvieron los intentos de James Sky, en calidad de Jefe de Policía de Ernópolis I y, por tanto, figura de influyente autoridad, para que el fundador de Qubit, Inc. abandonara el imperio que tanto le había costado construir.

Sky en persona había supervisado gran parte de los desalojos, y sus mejores hombres habían buscado incansablemente indicios de alguna bomba o artefacto similar que pudiera, al deflagrarse, provocar una catástrofe de consecuencias insospechadas. La zona estaba completamente segura.

Al menos, como le dijo Scream nada más habló con él, al nivel de tierra.

—Creo que el ataque será aéreo, James —le advirtió mientras él mismo iba a toda prisa al interior de la zona acordonada, sin que su mejor amigo lo supiera, pues de lo contrario hubiera hecho lo imposible por impedirle el paso, sabedor de que, si en efecto la muerte vendría de los cielos, sería poco menos que un suicidio lo que estaba a punto de efectuar.

—¿Cómo lo sabes?

—No estoy seguro, pero parece cuadrar con la idea de que QI estaba llevando a cabo un proyecto de naturaleza aeroespacial.

—Lo que él llamó el Cancerbero...



—Algo similar constaba en las patentes de diseños de la empresa.

—Preferiré no preguntarte por medio de qué estratagemas has podido averiguar eso — comentó Sky.

—Aléjate de allí, James. La cosa se va a poner muy fea. Siempre hemos ido un paso por detrás de Hades, y no va a ser fácil adelantarle precisamente ahora.

—Haré lo que pueda, pero debemos vigilar que nadie se cuele en la zona restringida. Y como imagino que eso es lo que tú estás haciendo en este momento...

Se detuvo y tomó aire. Luego continuó hablando por el teléfono.

—Ten cuidado y no te mueras ahí dentro.

—No te será tan fácil librarte de mí, amigo —acabó Scream cortando la conexión del comunicador incorporado en su traje.

No tardó mucho en estar al pie de la sede de QI, saltando de tejado en tejado hasta vislumbrar su base desde un edificio aledaño de diez plantas, minúsculo en comparación con el titán que tenía a su lado. La Nube estaba cada vez más alta, pero aún no había llegado arriba del todo. Allí era donde tenía que subir. No tenía la más mínima duda de ello. Con la Nube aún bajo sus pies, sin sombras en las que refugiarse, sería más vulnerable que nunca, y eso Hades lo sabía bien.

Preparó el equipo de escalada y comenzó la ronda de comunicaciones con sus compañeros.

—Escuadrón 1 listo —contestó Razorclaw.

—Escuadrón 2 listo —se sumó Saw.

—Escuadrón 3 listo —acabó Swind, ya completamente restablecido de su terrible encuentro con el letal Armor y con nuevos compañeros a sus órdenes.

—Comprendo que lo que os pido es difícil y sin duda muy peligroso, incluso para sujetos como nosotros. Si tenéis algún problema, ni dudéis en pasar a modo camuflaje, luego a modo de planeo y ponerlos a cubierto. ¿Listos?

—Listos —repitieron todos al unísono.

Scream se lanzó en plancha hacia el margen del edificio y se adhirió a él tratando de hacer el menor ruido posible. La idea era mimetizarse si era necesario para que no les localizaran, pero era perfectamente consciente de que Hades habría tenido en cuenta esa eventualidad. En realidad, lo que estaban haciendo era poco menos que un ataque a la desesperada, y nadie tenía la más mínima duda de ello.



El ascenso era rápido, pero cada piso ganado se hacía eterno para Scream. Al mismo tiempo su comunicador estaba sintonizado con las frecuencias televisivas, pues no dudaba que Hades no desaprovecharía la ocasión de dirigirse de nuevo a las masas.

A la altura del piso cuarenta su sospecha se vio confirmada en cuanto escuchó aquella voz grave y rígida propia de un caudillo inflexible más que de un salvador del pueblo.

—Ciudadanos de Ernópolis I —comenzó a hablar, sin que Scream supiera cómo era la imagen que acompañaba a esas palabras, aunque suponía que similar a la del comunicado anterior—. El día final del Descenso ha llegado. Como prometí, hoy, en la fase cinco del cambio, seréis testigos de un acontecimiento que hará historia. Hoy, la sede de Qubit, Inc. caerá ante vuestros propios ojos.

Scream trató de imaginar, mientras trataba de acelerar la subida, cómo se estaría comportando la gente en la calle, mirando los grandes monitores reservados habitualmente a anuncios, al escuchar esas inflexibles palabras, pero no pudo llegar a una conclusión certera. Era tanto lo que había pasado en términos sociales que ya no sabía cuál era el sentir de la población en la que residía.

—Habrá alguien que tratará de impedirlo, el Caído, al que algunos de vosotros admiráis y otros teméis con idéntica devoción. Será en vano. Nada puede detener ya al Cancerbero cuando impacte en su objetivo como un trueno furioso proveniente de los cielos.

»La Nube lo oculta de vuestra mirada ahora mismo, y durante mucho tiempo estuvo resguardado por medio de dispositivos mucho más poderosos. Oculto gracias a los esfuerzos de una mujer que se prestó voluntaria a que experimentaran en ella la tecnología que luego se utilizó para esconderlo de ojos curiosos. Tan grande fue su sacrificio que esos mismos experimentos acabaron por destruir su cordura.

»Ahora los causantes de su condición, los que trataron de asesinarla en vano, pagarán por ello, y quiere la justicia poética que sea así usando lo mismo que con tanto fervor trataron de mantener secreto. Porque el Cancerbero, ciudadanos, el arma con el que voy a destruir el edificio de Qubit, Inc., fue un satélite diseñado para interferir y censurar emisiones, para manipular y controlar toda clase de comunicados, tal y como estoy haciendo ahora. En mis manos, sin embargo, se ha convertido en un arma que impartirá la justicia del rayo con un triple cañón que arrasará el edificio hasta no dejar más que escombros...



Scream empezó a escuchar, de repente, ruido de disparos, provenientes de las otras caras del edificio. Les habían descubierto y trataban de derribarles. No tardó en empezar a recibir las primeras malas noticias.

—¡Van en aerodeslizadores, John! —informó Razorclaw—. ¡Son demasiados!

—¿Ha caído alguien?

—El escuadrón 2 en su práctica totalidad, y quedan tres hombres del tercero.

—¿Qué hay del tuyo, Charles?

Hubo un silencio. Scream se angustió.

—¿Charles?

—El disparo ha estado muy... muy cerca, John... la fuerza del impacto me ha separado de la pared.

—Atención a los escuadrones —dictó Scream con voz solemne—. Retirada. Descended con cuidado.

—¿Qué hay de ti, John? —apuntó Saw, aún resistiendo, pero a duras penas.

—No se han dado cuenta de mi presencia. Seguiré subiendo.

—No te dejaré, John.

—Es una orden, Ellis —replicó severo Scream. Nunca antes se había puesto tan tajante, pero era consciente de que lo hacía por el bien de ellos. Desde el principio sabía que un asalto conjunto sería imposible, pero no hubiera logrado convencerles de lo contrario.

Además, si alguien tenía que suicidarse por el beneficio común, sería él. No mandaría a la muerte a otros consigo.

—Suerte, John —fue lo último que escuchó de voz de Razorclaw antes de cortar la comunicación del todo.

Aún faltaban varias plantas para llegar a la cumbre del colosal edificio, pero la Nube empezaba a quedarse atrás y pudo vislumbrar los primeros rasgos de un amanecer neblinoso, ya que, aun sin la presencia artificial de la contaminación, el cielo de Ernópolis I nunca se caracterizó por estar especialmente despejado. Un azul tenue se mezclaba con el amarillo tibio del comienzo de un nuevo día, una hermosa visión que casi ningún habitante de la ciudad había tenido jamás ocasión de contemplar. Scream pensó que en aquel momento ese cielo tranquilo y no contaminado era su



peor enemigo, pues la ausencia de niebla en la que esconderse hubiera resultado aún más desfavorecedora para los suyos de cara a una subida sigilosa hasta la parte más elevada del edificio.

Cuando quedaban apenas algunas plantas para llegar arriba del todo Scream pensó que no había visto ni un solo aerodeslizador en la cara que él estaba escalando, algo que sin duda debería haberle resultado cuanto menos inusual. Pero fuera por el motivo que fuese no tenía tiempo de pensarlo, y al fin sus manos palparon superficie horizontal a la que poder agarrarse con total firmeza.

Una vez arriba, sin embargo, Scream comprendió hasta qué punto la batalla se había tornado desesperada.

El tejado del edificio estaba infestado de sicarios de las fuerzas de Hades. Había docenas de ellos, demasiados incluso aunque hubieran subido los tres escuadrones. Habían estado en desventaja desde el principio. Su juego era usar las sombras y el miedo psicológico, no enfrentamientos a cara descubierta como si fueran un ejército de criaturas de la penumbra.

El propio Hades estaba de pie en mitad de azotea, con los brazos cruzados. Un aerodeslizador flotaba frente a él, a poca distancia, sin duda grabando sus palabras con alguna clase de cámara instalada en su parte frontal. Enfrente de Hades, una máquina del tamaño aproximado de una persona, instalada junto a uno de los muros interiores de la azotea. El receptor que indicaba al satélite, sin duda, el punto de impacto. Hades seguía hablando a su público multitudinario, congregado a cientos de metros por debajo de él en ese momento.

—Y por eso yo os digo que... —se detuvo de repente—. Qué interesante. Sigue grabando —indicó al deslizador, que se movió en la dirección de Scream. Visto a través de la óptica de una cámara, resultaba aún más irreal y perturbador el disfraz que Los Caídos utilizaban—. Como podéis ver, ciudadanos, vuestro héroe ha venido hasta aquí arriba. Cómo ha podido llegar, teniendo en cuenta que los cuatro márgenes del edificio estaban siendo vigilados, es algo que ignoro por completo, pero imagino a qué puede deberse, dado que mi más leal general no está aquí en este momento.

»No es que eso importe, por supuesto. Frente a él está el dispositivo que emite la señal que indica al satélite dónde debe disparar. Llevaba años allí, de hecho. Pero para que el satélite pudiera reconocerlo y salir de su letargo necesitaba primero el toque de una mano experta. La mano de la misma persona cuyo sacrificio permitió ocultar el satélite todo este tiempo.



Scream miró a uno de los aerodeslizadores y en su interior pudo ver a Afrodita, tapada, inconsciente y tumbada en el asiento del copiloto. Seguramente, dedujo, sedada por el bien común de todos los que la rodeaban.

El aerodeslizador se giró de nuevo en la dirección de Hades, como si estuvieran grabando alguna clase de enfrentamiento entre dos púgiles.

—Porque en realidad, la visión de una máquina no difiere tanto de la de un ser humano, y puede ser engañada para que vea sólo lo que queremos. De este modo, en caso de descubrirse el satélite, no se desvelaría cuál era el objetivo al que estaba apuntando.

»Pero quiso la fatalidad que esta mujer huyera sin que pudiera terminarse el receptor del satélite, y por eso, aunque diseñado y perfectamente acabado, estuvo incompleto sin que ella misma, por siempre alterada por las máquinas que constantemente utilizaba, otorgase al mismo su toque único e irrepitable, la energía que necesitaba para conectar al espacio aéreo y transmitir su perfecta y precisa señal.

Scream miró el receptor con más detenimiento. Tenía un hueco en forma de mano, sin duda diseñado para la de Afrodita. Lo sabía porque ninguna otra en condiciones normales hubiera encajado allí, sólo una cuya carne hubiera sido forjada por las llamas de un terrible incendio.

Sobre ese hueco había un botón. Octogonal, hundido unos pocos milímetros con respecto al resto del tablero y rodeado de un suave y sutil reborde brillante. Sólo hacía falta que debajo de él estuviera escrito *destrucción total*. Se preguntó si los botones nucleares tuvieron esa forma en su momento.

—De este modo, llegamos al final. El dispositivo está listo. Sólo hay que pulsar el botón, algo que yo mismo haré, y dentro de cinco minutos el Cancerbero lanzará una triple descarga que impactará en el centro del edificio y lo destruirá de dentro a afuera. Dado que la Nube ya casi está en los cielos de nuevo todos en la ciudad podréis ser testigos del acontecimiento. Y él intentará impedirlo —la cámara se giró de nuevo hacia Scream—. Intentará arrebatarnos la venganza, la justicia por lo que empresas podridas como ésta han hecho a vuestra ciudad.

Debido a que la cámara flotaba la imagen se ladeaba levemente a derecha e izquierda, lo que hacía que resultara difícil vislumbrar a Scream con claridad. Eso, unido a su silencio y su porte oscuro y siniestro, que destacaba a contraluz debido a la leve claridad del amanecer a sus espaldas, hacía que emanara una inquietante sensación de temor e incertidumbre.



Poco a poco, sin prisa, caminó hacia el dispositivo. Nadie le detuvo ni trató de dispararle. Scream ya sabía que sería así. Su enemigo no sería tan estúpido de reducir toda su estrategia a apretar un botón.

—Un esfuerzo en vano el que está haciendo —comentó Hades, sin que la cámara dejase de enfocar a Scream—. Porque una vez recargado, si trata de destruirlo o de manipularlo el Cancerbero recibirá la señal de todos modos. Harían falta horas de arduo esfuerzo para desactivarlo adecuadamente. Puede decirse que la suerte está echada, y apretar el botón es tan sólo una orden de confirmación.

Scream se colocó justo frente al botón y lo miró con mucho detenimiento. Tenía que comprender las intenciones de Hades, entender sus actos. Hades se creía superior a todo y todos. Quería transmitir el mensaje de que podía hacer lo que se le antojara, ajusticiar a quien quisiera. Como dijo Perséfone, quería sembrar el terror.

Había llegado el momento de usar sus armas para contraatacar. De emplear a fondo el miedo psicológico.

La silueta sonrió. Una sonrisa heladora, que puso los pelos de punta a muchos de los que estaban allí, incluso pese a comprender que aquello a lo que se estaban enfrentando se trataba de un hombre.

Acto seguido apretó el botón octogonal.

Aun a pesar de poseer como único rasgo facial dos ojos rojos, Scream pudo notar la sorpresa en el rostro de Hades. Por fin había logrado adelantarse a su enemigo, aunque a costa de un precio muy alto.

—¿Qué has hecho? —replicó Hades, entre asombrado y anonadado.

Scream no contestó de inmediato. Se limitó a darse la vuelta y mirar fijamente en la dirección de su enemigo. Producía tanta inquietud que incluso entre los miembros de Los Caídos que le estaban viendo en ese momento, que eran casi todos, la inmensa mayoría sintió un escalofrío recorrer su espalda.

‘Huye ahora que puedes, dios de barro. Huye. A no ser...

Se detuvo un momento, antes de continuar. Millones de pulmones se llenaron de aire a lo largo de toda la ciudad.

‘... que seas de verdad un dios y seas inmortal como yo.



Hades se quedó completamente estupefacto. Tal nivel de autosacrificio era algo con lo que no había contado ni en sus más complejas elucubraciones. Por un momento se planteó quedarse allí también, de pie, y sucumbir a la destrucción que estaba a punto de acontecer. Pero hacerlo no serviría de nada, puesto que Los Caídos seguirían existiendo, mientras que él se desvanecería en el polvo del olvido.

Tuvo que reconocer que John Scream había logrado dar la vuelta de manera astuta a la situación. Subió a un aerodeslizador y acto seguido su vehículo se acercó a aquel que estaba filmando todo el discurso.

—Grábalo todo. Que la gente vea cómo huye.

—Señor... si me quedo aquí los restos de la torre, al estallar en todas direcciones, me pulverizarán.

—¡Haz lo que te digo! —replicó enfurecido Hades.

—Con el debido respeto, señor... temo su castigo, pero temo aún más la muerte.

Hades no pudo por más que reconocer su derrota. Scream estaba dispuesto a alcanzar un nivel de locura que a él le había sido vedado. Se cerraron las carlingas de todos los aerodeslizadores y salieron huyendo a toda velocidad, aprovechando que el espacio aéreo de Ernópolis estaba vacío debido al aislamiento y nadie se interpondría en su camino.

John Scream se quedó solo, de pie, comprendiendo que su fin había llegado. De poco servía escapar, puesto que por mucho que planeara a salvo, la roca triturada del edificio le atravesaría y le dejaría como un colador. Por ello, se limitó a quedarse quieto y recordar el momento en que Starr Miles también se sacrificó para detener a Ellen Gorgon.

Sus ensoñaciones de tiempos pasados se vieron interrumpidas por el sonido de algo que, sin duda, parecía un aerodeslizador, más a él, experto en toda clase de naves aéreas. Pero no había nada a su alrededor.

Nada al menos que viera. Pero cuando la carlinga se elevó, pudo ver en su interior no invisible a Perséfone pilotándolo, a pocos metros de donde él estaba.

—Sube, loco kamikaze —fue lo único que acertó a decir, presa de los nervios.

Scream no lo dudó un solo momento y se dirigió corriendo hacia la que hace poco había considerado un enemigo encarnizado que mantener a metros de distancia. Al acercarse se fijó en que el puñetazo que la había encajado se había convertido en un feo moratón.



—Más te vale que no me quede marca —comentó ella bajando la carlinga y huyendo a toda pastilla.

Como Hades había prometido, un rayo de energía, en formación de triángulo equilátero, descendió de los cielos a más velocidad de la que se tardaba en señalarlo e impactó en el centro mismo de la torre, reventándola en pedacitos de hormigón y vidrio tan minúsculos que, aunque cayeron muchos escombros de considerable tamaño, en su mayor parte fue como si llovieran restos de una civilización sobre las cabezas de los presentes. Entre esos restos no había componentes humanos, pues finalmente Sky, desatendiendo los deseos del Director Stalker, asaltó el edificio y los sacó a todos por la fuerza de las armas. Tampoco hizo mucha falta convencerles de lo contrario, pues los guardaespaldas estaban deseando marcharse de allí cuanto antes. Sólo el propio Director, ciego de orgullo, se negaba a mostrar su rendición ante aquel que había amenazado su poder y supremacía.

El aerodeslizador aterrizó en el patio de un edificio que aún estaba en la zona restringida, donde no tardó en hacerse visible de nuevo.

—Veo que tus aparatos no permanecen ocultos por mucho tiempo —comentó.

—Menos cuanto más grandes sean —dijo saltando del interior del vehículo. Scream notó que llevaba una suerte de sensores diminutos en la palma de la mano, seguramente con lo que lograba camuflar su arsenal de trucos.

—Imagino que no te entregarás.

—Soy una asesina, no pienso pasarme la vida entera encerrada en la cárcel. Ni de la policía, ni de tu organización. Pero tampoco trabajaré ya más para Hades. Le he ayudado durante mucho tiempo y ahora le he traicionado. Estamos en paz.

—Las cosas no funcionan así en el mundo del crimen.

—Con él sí, porque no se considera a sí mismo un criminal.

—¿Y qué hay de ti?

—¿De mí? Sólo somos dos caras de la misma moneda, ya deberías darte cuenta. Tú fuiste el mejor general de tu organización, y yo de la mía. La diferencia entre ambos es que he elegido caer en desgracia.

—No, Perséfone. Caíste en desgracia el día que decidiste unirme a Hades. Es ahora cuando estás emprendiendo el largo proceso de redención, y algún día tal vez te des cuenta de ello.



—Para ti es fácil decirlo. No has abandonado a la persona que... amaste —comentó con amargura.

—Tienes razón. Pero tú tampoco sabes lo que significa que aquel a quien amas muera por culpa de tus actos.

Perséfone se quedó callada, evaluando aquellas últimas palabras. Finalmente se giró y comenzó a andar hacia la salida más cercana.

—No trates de detenerme.

—No creo que pudiera.

—Por cierto...

—¿Qué?

—Deberías dormir un poco y pegarte una ducha. Puedes fingir ser un demonio, pero trata de no apestar como uno —terminó introduciéndose a paso decidido por el angosto margen entre dos edificios.

EN EL PRÓXIMO NÚMERO:

Tras la épica batalla, las consecuencias. ¡No te las pierdas en la Fase Final!



colaboran:

tiendas:



www.atlanticacomic.com

editoriales:



www.alfaeridiani.com



www.edicionesevohe.com



<http://aroz.izar.net>



www.grupoajec.es/



www.ngcficcion.es/

ngc 3660

www.ngc3660.es

2011, Copyright Magnus Dagon por el texto.
2011, Copyright Carlos Navarro González por ilustración de
portada.

Web de Magnus Dagon: www.magnusdagon.com